



SEMANARIO ILUSTRADO

DIRECTOR
Eduardo Sánchez de Castilla

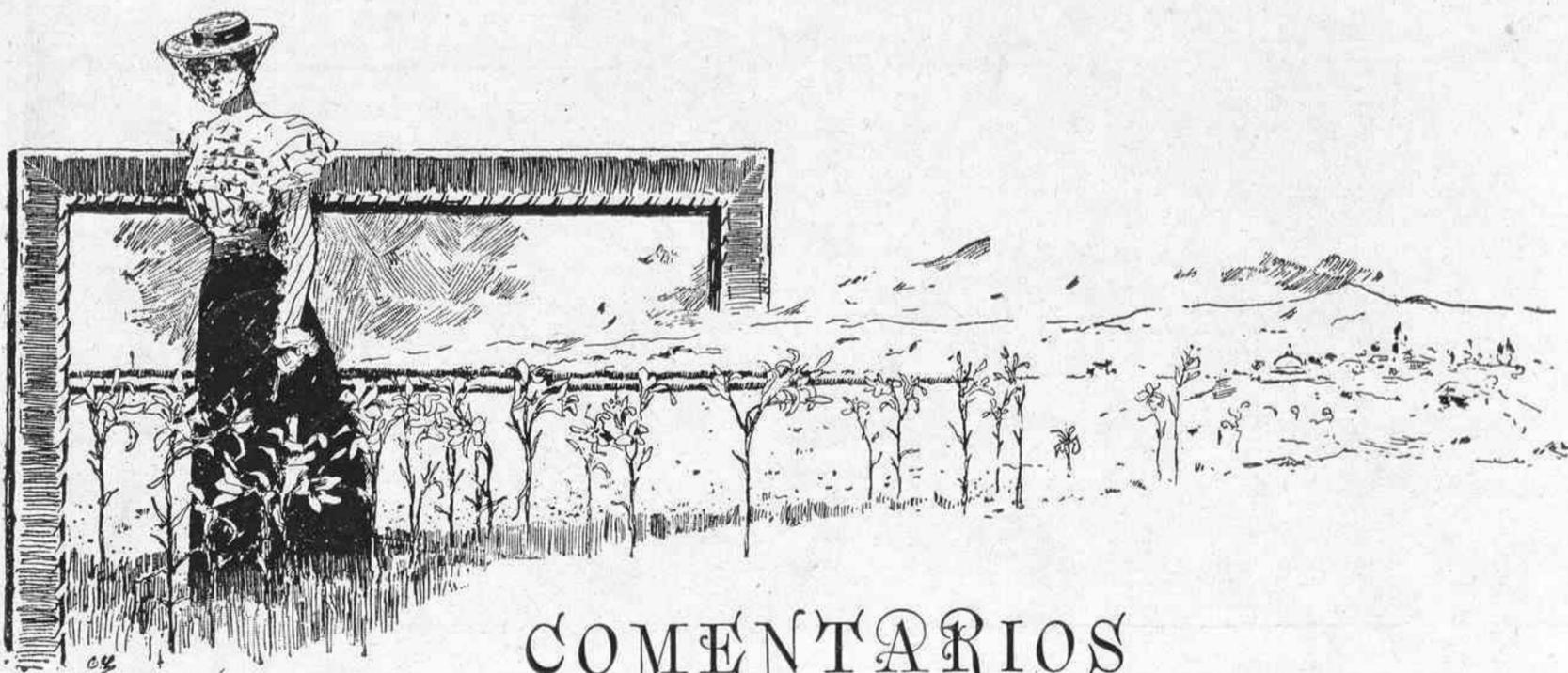
ADMINISTRACION
CLAUDIO COELLO, 21

DIRECTOR ARTÍSTICO
FÉLIX DE LA TORRE

VERANEO DE MODA



LA PLAYA DE LOS LOCOS EN BIARRITZ.



COMENTARIOS

Aunque no hablemos de aquellas interinidades que en estos momentos preocupan á todo el que espera y á todo el que desespera; aunque nos limitemos á hablar del tiempo, sin subrayar la palabra ni escribirla con letra mayúscula, es lo cierto que nos hallamos disfrutando en Madrid de un otoño interino sumamente agradable, y que no sentimos envidia ni reconcomio de ninguna especie al leer los partes de San Sebastián y de la Granja.

Los trasnochadores ya hemos podido observar uno de los signos meteorológicos que no fallan nunca: hace algunas noches se ve media docena (hasta ahora no pasan de media docena) de eminentes y distinguidos golfos en las garitas de la Presidencia del Consejo de Ministros, albergue tradicional del hampa *centrípeto*, así como la *pared caliente* y los escondrijos próximos al cuartel de la Montaña son refugio del hampa *centrífuga*; porque todo está compensado en este mundo y bien distribuido y arreglado, aunque otra cosa afirmen los descontentos y los pesimistas de profesión que, guiados por sus ideas disolventes, serían capaces de suprimir escondrijos y garitas, privando así de refugio á unos cuantos infelices que no tienen necesidad de sulfonal, ni de cloral ni de ningún otro medicamento para roncar á pierna suelta donde el providente descuido de las autoridades se lo permite.

La observación citada, por la cual no reclamo privilegio alguno, permite afirmar y convencer á los incrédulos veraneantes de que en Madrid se vive ahora á placer, que el fresco ha llegado á *estas playas* al mismo tiempo que los galernazos y las mareas fuertes á *las otras*, y que los botijos familiares nos causan las mayores delicias y las más puras de todas cuantas pueden conseguirse en estos tiempos.

No conocía, no, los botijos el gran poeta tebano que en una de sus odas cantó las excelencias del agua, y sin duda hemos perdido una hermosa pieza lírica por la *escasa fantasía* constructiva de que estaban dotados los Debütades y demás alfareros helenos.

Es lo que decía un señor amigo mío, después de admirar una colección de cerámica griega, en la cual había *hydrias*, *cráteras* y cántaros báquicos de la más elegante forma, adornados con lindísimas pinturas y peregrinos relieves: —Muy bien me parece todo esto, y no cabe dudar que los griegos eran gente de gusto; pero no me negará usted que en punto á comodidad, á sibaritismo, no acertaron á dar en el *quid*. En esta colección no veo ningún botijo.

Mi amigo tenía razón, y yo siento mucho ser tan ignorante de estas cosas; porque no me resuelvo á creer que un pueblo tan perfecto como hemos convenido que fué el de Grecia, no conociese el placer epicúreo de beber á chorro.

¡Qué hubiera sido una oda pindárica al botijo, en la cual podían contenerse las ponderaciones y alabanzas que el poeta dedicó al agua!

Una *crátera* con pinturas de la *Gigantomaquia* ó de los *Trabajos y los Días*, no cabe dudar que es una obra de arte; pero ¿quién diablos bebe agua contenida en una vasija que si se rezuma se echa á perder?

Veán ustedes por dónde el problema del arte docente y de los fines del arte va envuelto en una cuestión de alfarería.

Cacharro con muchas pinturas y adornos; cacharro artístico, en una palabra, no se rezuma; no *pone* el agua fresca.

Y, al revés, cacharro que se rezuma, cacharro que produzca resultado útil, práctico, no puede ser de ningún modo obra puramente artística, ni tener otro mérito que el de la elegancia *general* de la línea de construcción.

Y tal vez en eso está el secreto del verdadero arte: en que lo esencial, representado aquí por la línea, sea noble, elegante, puro, sin arrumacos ni adornos intempestivos.

Pero esto no quiere decir que los botijos actuales sean mejores ni más artísticos que las vasijas griegas. Son *otra cosa*, como el arte de hoy es otra cosa que el arte de Homero y de Píndaro; algo más *botijil*, algo que *se rezuma* con más facilidad, pero que sirve y es útil y agradable.

Y ya que de botijos se habla, ¿cómo pasar en silencio la *efervescencia botijera* que se ha desarrollado este verano más que nunca?

Cinco ó seis trenes botijistas han ido ya á Alicante, el que menos, con mil y no sé cuántos viajeros. El ensayo de expedición botijista á Cádiz ha sido coronado por el éxito más satisfactorio, y ya se proyecta crear la costumbre y conducir de igual económica manera á los madrileños, antes tan sedentarios, á diferentes playas y puertos de la Península.

¿Quién sabe si esta corriente, iniciada ya hace años, pero que hoy es ya por todo extremo considerable, y aun avasalladora, vendrá á abrir nuevos horizontes al espíritu nacional, á descubrir tendencias nuevas en nuestro carácter, y á crear en nuestro cerebro, el *centro* de la locomoción barata, no descubierto aún por el eminente Dr. Cajal?

Por lo pronto, como suele suceder, todo viene á parar en que las Compañías de ferrocarriles obtienen un beneficio inesperado é importante; que en todo lo que sea movimiento encuentran ganancia las *grandes Compañías*, y por eso conviene reflexionar mucho antes de anatematizarlas al buen tun tun, como se acostumbra.

Pero además, si se facilita los medios para que la gente popular *corra mundo* sin hacer grandes sacrificios, tal vez esto sea causa de que nuestro pueblo se recobre de la modorra que hace ya mucho tiempo sufría, y acaso, acaso, de que vuelva á ser quien fué en aquellos tiempos en que, sin haber ferrocarriles ni casi caminos transitables, Italia, Alemania, Francia y aun Africa, estaban llenas de españoles ambulantes, que extendían por todos sitios la lengua y el ánimo de la nación, haciendo de ella lo que nunca debió dejar de ser: un pueblo relacionado con todos los demás, y cuya voz se dejaba oír y cuyo parecer se pedía en todo y por todo.

Entre el cosmopolitismo trivial y falto de sustancia que caracteriza á nuestros hermanos los franceses y los italianos, y el feroz aislamiento á que nos retrajimos los españoles hace ya siglos, hay un término medio, que es el prudente y sano. Para llegar á él, la primera condición es que se acostumbre la gente á dar vuelos cortos por nuestro mismo país, donde tantas cosas bellas hay que admirar, y después, ya se sabe, quien aprende á dar vuelos cortos volará largo y fuerte.

No se diga de nosotros que somos un pueblo alicaído, ni mucho menos un pueblo alicortado.

*
* *

Pocas novedades en lo referente á diversiones públicas. Circos y teatros veraniegos siguen su marcha perezosa y.... nada ocurre de notable.

Sólo merece mencionarse la aparición de una nueva y notabilísima *mezzo-soprano* compatriota nuestra: la Srta. María Eulalia Ferrer, que se presentó al público del Buen Retiro en la ópera *Carmen*.

La Srta. Ferrer, que es muy linda, comienza su carrera artística bajo tan buenos auspicios como la señorita de Lerma, y como ella merece los mayores elogios.

Bueno es que vayan saliendo tiples notables de ese Conservatorio que hasta ahora no había aprovechado sino para dar asunto á los poetas festivos.

*
* *

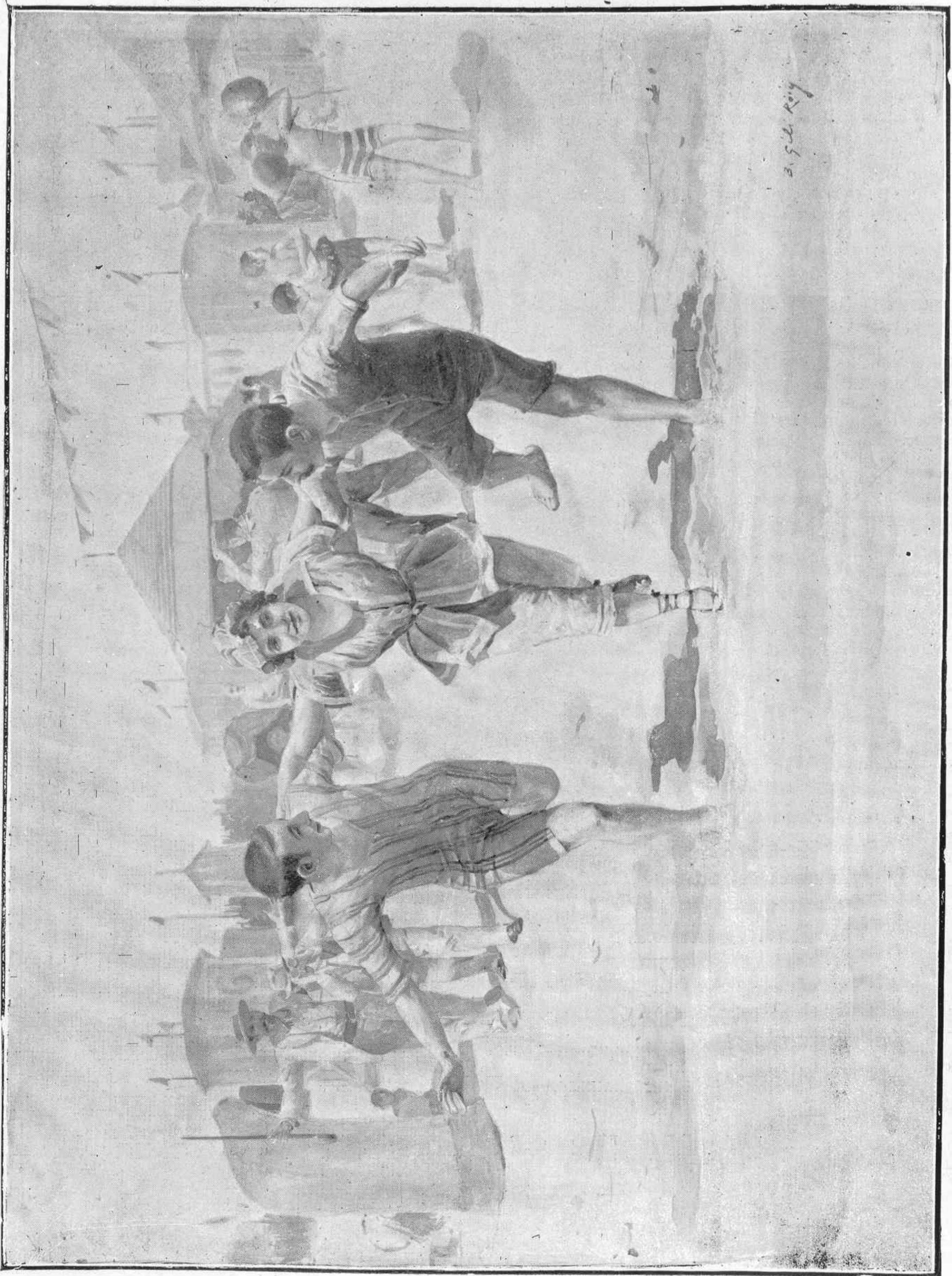
Mi querido amigo el Director de LA REVISTA MODERNA, D. Eduardo Sánchez de Castilla, sufre en estos momentos la tremenda aflicción de haber visto morir, tras larga enfermedad, á su virtuosísima esposa D.^a Concepción Rojas.

En nombre mío y en nombre del personal de LA REVISTA MODERNA hago constar desde este sitio la parte que todos los de esta casa tomamos en el dolor que sufre el Sr. Sánchez de Castilla, nuestro compañero de trabajo.

F. NAVARRO Y LEDESMA.



MARÍA EULALIA FERRER.



¡AL AGUA, PATOSI!, DIBUJO DE GILÍ ROIG.

LA DAMA DE LOS BAÑOS



La sorpresa fué general en la galería del balneario

cuando la deidad *yankee*, la dama pálida de los grandes lagos, apareció ya vestida con su blusa de seda roja, que hacía resaltar la blancura mate de su tez de mujer del Norte, su sombrero de enormes plumas y su impertinente, clavado en los pretorianos de su guardia que esperaban, apoyados de espaldas en la barandilla, el instante en que la diosa llegara al corredor frente al mar. Todos la habían visto, minutos antes salir del agua, arrogante, envuelta en su amplia capa de baño, como una reina altiva, con su sonrisa orgullosa, fría, impenetrable, de estatua, sin dignarse fijar sus pupilas acorazadas é inconmovibles en sus adoradores anhelantes. Y he aquí que se encaraba con ellos, y con la resolución de la hembra norteamericana, acostumbrada á la vida en plena libertad, exenta de las timideces europeas, hecha á mirar al hombre cara á cara, les decía:

—Señores, se me ha perdido el medallón, cuya historia ya conocen ustedes. Mi corazón al que me lo traiga.

Los íntimos, los que habían logrado el honor de ser presentados á ella, el diplomático, el bolsista, el general de la reserva, el contratista de las obras del casino, el vizconde de la coronita en las tarjetas, el pintor de las melenas, todos corrieron en tropel á la diosa, pataleando por el piso de madera de la galería, que tembló con el galope.

—¿Dónde?—¿Cuándo?—¿En qué sitio?—¿A qué hora?

La norteamericana afrontó las preguntas simultáneas, y replicó abanicándose tranquilamente con dulce sosiego:

—¡En el baño, hace diez minutos!

La «guardia negra» se precipitó en masa á las casetas, y la dama, cogiendo una silla, se aposentó en la galería del balneario, apoyando uno de los brazos en la platabanda y asomando por entre los balaustres de madera dos zapatos bebé de piel de Rusia y dos pies calzados con finísima media negra. Era la hora culminante de los nadadores. No pasaban cinco minutos sin que en el tablón con toldo avanzado sobre el

mar apareciese un *banista* con su traje de acróbata, deteniéndose un instante en la punta del tablón, estirándose, con los brazos en alto y zabulléndose de cabeza, surgiendo en el oleaje á diez ó doce metros de distancia. Detrás de un nadador seguía otro, y á veces se lanzaban al agua dos juntos. En el aire no faltaban nunca unas piernas describiendo un arco.

Los íntimos aparecieron en el tablón. El pintor de las melenas, con su traje amarillo, fué el primero que se lanzó al agua. Le siguió el diplomático, con su camiseta de grandes lunares rojos, recuerdo de sus estancias en las ciudades chinas, con su monóculo calado hasta el momento de zabullirse, y detrás surgieron

el contratista con su barrigón forrado de frañela, soplando como un delfín, y el bolsista, y el general, y los pollos con una estrella bordada en la elástica, á imitación de aquellos héroes de la Edad Media que llevaban en el escudo el mote alusivo á la dama de sus pensamientos. Todos, hasta la foca del contratista, se sumergieron radiantes de entusiasmo, fascinados por la sonrisa de la norteamericana.

La idea, no ya de que iban á conseguir el amor de aquella mujer enigmática, que les fascinaba con sus millones y les atraía con su hermosura, sino de que averiguarían además quién era el misterioso salvador de la norteamericana, prestaba á



sus adoradores un empuje irresistible. Ella misma les había contado la historia. La sucedió el lance recorriendo Suiza, sola, como siempre, estando copiando á la acuarela una orilla. Nadie advirtió el zozobramiento del bote. Ella nadó con vigor, pero se le agotaron las fuerzas, y entonces surgió el sér heroico que, revolviendo su melena, se lanzó al agua y la sacó á la ribera. El incógnito salvador no vivía ya sino en su memoria, y en imagen dentro del medallón que jamás profanaron humanas miradas por dentro; que por fuera, la triple orla de brillantes que le rodeaba llevábase todas las pupilas en seguida.

Aquel culto perpetuo más allá de la muerte traía vuelto el juicio á los adoradores de la dama. Lo de la melena hacía sospechar, y así opinaba el pintor, que pudiera tratarse de un artista que allí estuviera copiando también el paisaje. Quién opinaba que el medallón encerraba el retrato de algún hombre célebre casado, quién el de un campesino de cara de bestia.

La dama se apoyó de codos en la platabanda, pareciendo interesarle mucho el *match*. Otros bañistas, entre los que había cundido la voz, se asomaron también á la barandilla. Los adoradores nadaban de aquí para allá buceando de trecho en trecho bajo las miradas de la norteamericana. Pero todo en vano. El medallón no pareció, y dispusieron los galanteadores á abordar al balneario con las orejas gachas, humillados, afondando las pupilas sarcásticas de la diosa.

La retirada bajo el fuego de las baterías de la plaza, recibiendo «á plomo» las miradas penetrantes de la fría americanita, fué tremenda para los tiernos buceadores; los pulmones negábanse á respirar bajo el agua ni un instante más, y cansados y jadeantes hacían abrirse de un modo descomunal las fosas nasales, dando salida por ellas á los resoplidos de la fatiga abrumadora. La brega con las olas con-



tribuía, por su parte, á desfigurar las cabezas, á descomponer las calvas, á marcar los defectos de los cráneos pegando los cabellos mojados, á distender las facciones pálidas. ¡Y si trajesen siquiera el anhelado medallón!

—¡Debo de parecer un chucho en el baño!— dijo balbuciente el pintor de las melenas á su camarada de *sport* y de ilusiones, el diplomático.

—Á mí me es igual mirar que no, porque sin el monóculo no soy hombre al agua, sino á las tinieblas—replicó el agregado á legación.

¡Y aún faltaba lo peor! Se acabó el agua, y los nadadores tuvieron que avanzar de frente, con las ropas pegadas al cuerpo, tiritando, destacándose sus figuras ridículas sobre la arena de la playa.

La deidad se refugió detrás de su abanico; pero todo el balneario, aunque no la vió ni la oyó, adivinó la carcajada, hasta que desaparecieron uno á uno por la escalera del balneario que subía á los cuartos de vestirse.

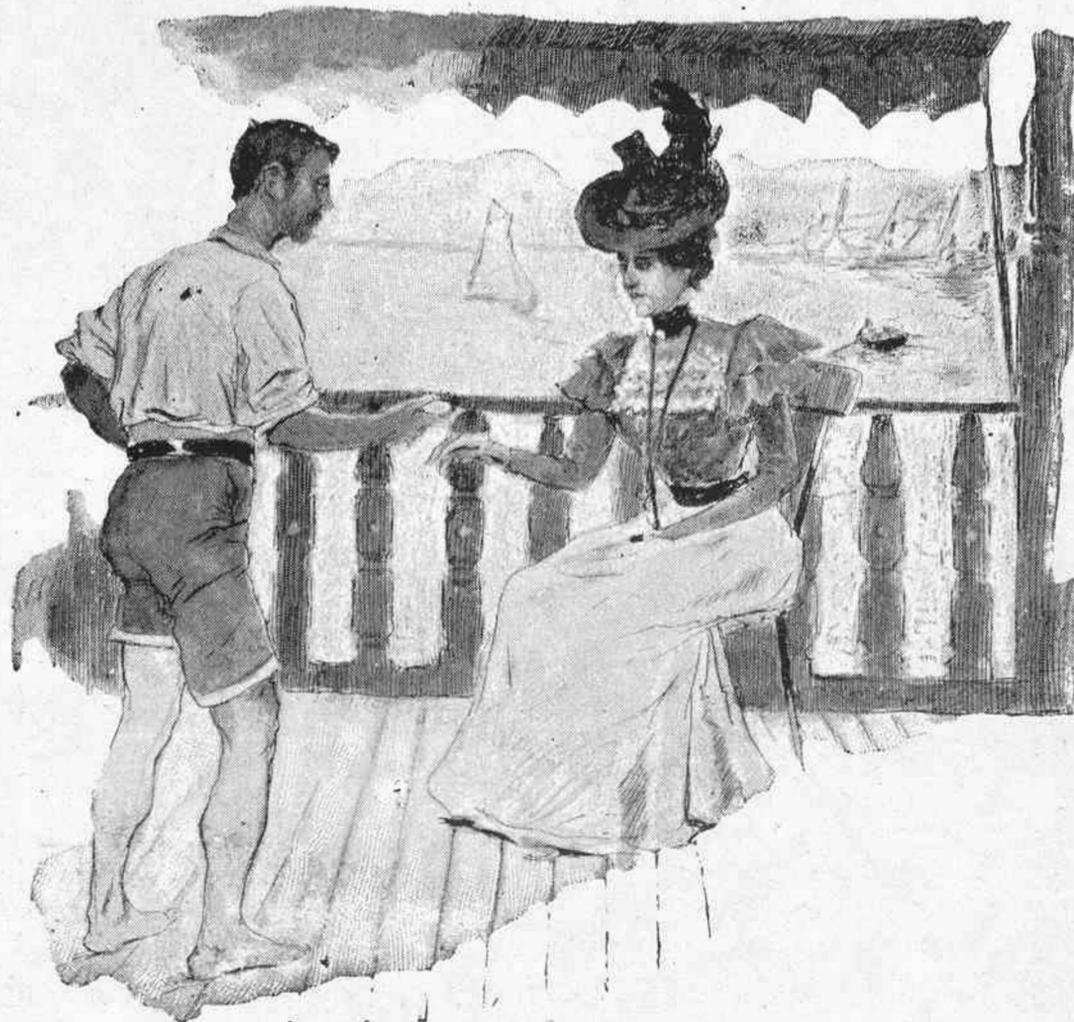
De pronto un bañero llegó chorreando hasta la dama, y la dijo mostrándola el medallón, abierto violentamente por el golpe:

—¿Es esto lo que buscaba la señora?

—El mismo—replicó la norteamericana cogiéndolo.—Yo había prometido mi corazón á quien me lo trajera, pero á ti no te aprovecha para nada mi corazón. ¿Crees tú que valdrá..... tres mil pesetas?



El bañero se quedó estupefacto. ¡Jamás había sabido lo que valía un corazón! Así, replicó ingenuamente con la española tendencia á la galantería:



—¡Ya lo creo! ¡Si es como la caral!

La norteamericana escuchó impasible la respuesta, sin sonrojarse ni mostrar reconocimiento por la lisonja, y sacando de una carterita de piel de cocodrilo tres billetes de mil pesetas, se los entregó al bañero diciéndole:

—Pues ahí las tienes. ¡Te lo compro!

Saludó luego fríamente á los adoradores, que ya vestidos se acercaban á ella, alejándose de la galería

con el aire de una emperatriz, mientras los pretorianos se abalanzaban al bañero, preguntándole á borbotones:

—¿Has visto el medallón por dentro?

—¿De quién es el retrato que esconde?

—¿Es de un hombre joven?

—¿Distinguido?

—¿Con melena?

Y el bañero contestó entre mohino y extraño, dejando aterrados á los íntimos:

—¡Qué hombre ni qué narices, si lo que tiene es el retrato de un perro de aguas!

ALFONSO PÉREZ NIEVA.

(Dibujos de Benedito.)

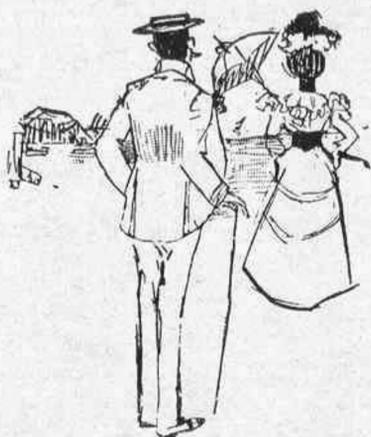


TRES NEREIDAS.



EN BIARRITZ, DIBUJO DE LEZCANO.

BANISTAS ELEGANTES, por Marín



¿A qué hora se bañará?



Los aburridos de siempre.



De pesca.



Aguardando que baje la marea.



El que va á dejarlas y toma precauciones.



Antes del baño.



El que va á tomar carnes.



En el baño.



Después del baño.



El joven Percébez.

LE CHAPEAU PYRAMIDAL

Vivientes con más de un vicio se encuentran á cada paso; pero individuos que tengan uno sólo no hay quien los encuentre, aunque recorra palmo á palmo toda la superficie de la tierra.

Hay quien bebe, quien fuma, quien juega; hay quien sólo fuma y bebe, quien tiene todos los tres vicios apuntados, y además, etc., etc., etc.

En estos etcéteras pueden los lectores poner, bajo mi responsabilidad, todo lo que gusten.



No los haré quedar mal, y anticipo la idea de que por mucho que pongan yo siempre los he de encontrar *cortos*.

Hay también señoras viciosas, pero la galantería me impide sacar á plaza sus defectos.

La debilidad de que voy á hablar no ofende al bello sexo; por eso me atrevo á sacarla á relucir.

La debilidad de D.^a Carmen es.... el sombrero. Más de una vez se ha metido en cama con el artefacto á cuestras, es decir, con el sombrero á la cabeza.

Sin la discreta observación de su esposo haciéndola conocer las ventajas de dormir con la cabeza libre, y los desperfectos que podían sufrir las plumas con

el roce de las almohadas, D.^a Carmen hubiera dormido con sombrero, sin miedo ninguno á un ataque cerebral.

En su libro de oraciones puede sustituirse la conocida frase de *con Dios me acuesto, con Dios me levanto*, por la siguiente: «Con *chapeau* me.... y con *chapeau*....»

No le hable usted de la mantilla española.

■ Ni para pedir en Jueves Santo se la pone ella.

Esa prenda no la gastan más que las señoras descocadas ó las feas. La mantilla hermosa, según ella dice, y en este concepto no la necesita. Para estar bellísima no le hacen falta blondas blancas ni negras. Y lo ocurrido el año pasado ha corroborado sus opiniones.

¿Qué fué lo del año pasado?

Se lo voy á contar á usted.

Llegó la época del veraneo. Su esposo le pidió un presupuesto, escandalizándose al leerlo, porque encontró una partida que decía lo siguiente: «Sombrero de baño, dos, á cien pesetas cada uno. Pesetas 200.»

La cifra era para escandalizarse. De las explicaciones mutuas surgió la luz, y D. Froilán pasó por las 200 pesetas.

Doña Carmen se hizo dos sombreros superiores en casa de Mad. Marie.

Aquello no eran sombreros: eran dos obeliscos, dos monumentos conmemorativos del descubrimiento de los plumajes.

Ponga usted á esa señora en la fila 5.^a de butacas de cualquier teatro, y ya no ven la función los que se sienten de la fila 6.^a hasta la 18.

En ningún tranvía entra esa señora con sombrero puesto, y si va por esas calles es tropezando con los toldos de que se valen las tiendas para precaverse del sol.

Pues bien; D.^a Carmen veraneó el año pasado en el Sardinero (Santander).

Cuando estaba en el baño, desde la población se veían las plumas del sombrero de D.^a Carmen.

—¿Qué pajarraco es aquél que vuela por el Sardinero?
—le dije un día á Antonio Gomar que paseaba conmigo por la calle de Blanca.

—¿A ver? No es un pájaro: es el sombrero de D.^a Carmen. El adorno de esa señora se ha hecho popular en Santander. Verla salir de la caseta vestida de baño y con aquella coraza con ascensor, era una delicia.

Desde los balcones del casino, de cualquier hotel, y desde el Pinar sobre todo, se la veía admirablemente.

Cuando ella se bañaba, llenábanse de curiosos los miradores naturales de aquella concha en miniatura.

Doña Carmen no entraba ni salía de la caseta con sombrero puesto. Se lo ponía y se lo quitaba á la entrada y lo sostenían dos doncellas, no por el peso, sino por el volumen.

Una mañana hallábame yo visitando á mi venerado amigo D. Benito Pérez Galdós en su precioso hotel.

De pronto hirió mis oídos una exclamación de terror que partía simultáneamente de millares de labios.

—¿Qué es eso?

—Que se ahoga D.^a Carmen.

—¿Si?

—Esa señora nada como un pez; se ha metido mar adentro, y, precipitada por la corriente, ha sido presa de las olas.

Quedéme aletargado de espanto sin poder hablar.

De repente un grito general de satisfacción me devolvió el habla.

—¡Se ha salvado! He aquí la frase que decía todo el mundo lleno de júbilo.

—Y ¿cómo ha sido?

—Gracias al sombrero, que ha flotado siempre, los marineros pudieron saber dónde estaba la naufraga, y la subieron al bote cuando empezaba la pobre señora á sentir la asfixia.

Este año D. Froilán, al hacer el presupuesto de baño, ha escrito expresamente la siguiente partida:
«CARMEN.—Para sombreros de baño, QUINIENTAS PESETAS.»



RAFAEL M. LIERN.

DE VERANEO



CUADRO DE PLAYA, DIBUJO DE JIMÉNEZ MARTÍN.

EL PAÑUELO DE LA PALOMA

I.

^ Cuando la Paloma vió desplegarse ante sus ojos como una bandera el magnífico pañuelo de crespón, lanzó un grito de asombro y se la encendió la mirada de alegría. Bien que jamás había visto pieza de tela más hermosa que aquel trozo de seda roja, de color de sangre, profusamente bordado de oro al realce y con un fleco de media vara. La muchacha lo cogió, suspendiólo izándolo con una mano, lo acercó al

balcón, y al resbalar por el mantón la claridad del día, adquirió las cálidas fulguraciones de una puesta de sol granadina en plena canícula.

La casa de empeños de allá abajo tenía fama de poseer el mejor surtido de pañuelos de crespón de la capital, pero la Paloma no podía sospechar que llegara á haber uno tan rico. El generoso obsequiante la explicó su procedencia.

—Es, ó mejor fué, porque no renovó la papeleta, de una dama de la aristocracia que se lo hizo traer de Filipinas para un baile de trajes en casa de Fernán Núñez. Tirado á la calle, vale sus cuatro mil pesetas.

¡Y aquella joya, que llamaría la atención desde el mercado de la Cebada á la Fábrica del Gas cada vez que ella se la echara sobre sus hombros, iba á ser suya!

—Conque ¿le gusta á usted?— la dijo el prestamista sonriendo satisfecho.

—¡Se necesitaría no tenerlo!

—¡Pues que lo rompa usted con salud, porque para usted es!

La chula esperaba la dádiva. A su despierta astucia no se le escapaba el alto precio de su aceptación. La conducta del prestamista, un cincuentón bien conservado y viudo, no daba lugar á dudas con su asiduidad, sus preferencias, sus miradas, sus galanterías y, lo que era más extraño en su raza, sus obsequios continuos. De seguir así el hombre, para las verbenas del año próximo estaba ella admitiendo alhajas detrás del mostrador sombrío á las desgraciadas más ó menos infelices de espeso manto.

El prestamista esperaba anhelante la aceptación. Aun vacilaba la Paloma. ¡Si su Paco, el sanitario, hubiera vivido! ¡Bien que entonces no habría llegado aquella ocasión, porque jamás hubiera puesto al prestamista cara amable! Pero muerto en Cuba el pobre, imposible su sueño azul de honrada pobreza compartida en la guardilla el día en que á él le dieran la licencia absoluta, se acordó de las nueve ó diez horas seguidas de trabajo, de las mañanas de invierno, de las heladas, de las lluvias, con la miseria siempre por



compañera, bajo la amenaza permanente de una enfermedad, en el abandono; y decidida ya á jugarse el todo por el todo, comprendiendo que su respuesta iba á decidir de su vida futura, replicó serenando cuanto pudo el acento:

—¡Muchas gracias, D. Bartolomé! ¡Lo que se ofrece de buena voluntad se acepta! ¡Esta misma noche me lo pongo *pa* el baile del solar en la verbena, aunque me dé un *insulto* de la calor!

II.

Cualquiera conocía el solar con lo bien que lo habían adornado entre los chicos del tabernero de la esquina y los mancebos de la peluquería de enfrente. Dos mástiles terminados en gallardetes, con enormes macetones de evónimos al pie formando la puerta; una armadura de ramaje por fachada, y guirnalda de farolillos de colores alumbrando, bajo cuya luz pálida se abanicaba la flor de las menestras jóvenes del barrio, con sus ojos negros llenos de fuego y su rostro moreno de sudor.

Cuando la Paloma se presentó en el improvisado salón de baile moviendo su cuerpo, cubierto con el ondeante pañuelo de crespón rojo, con el donaire de una maja desenvuelta, todos los abanicos cesaron y una explosión de piropos partió de las más distinguidas gorritas de seda del término.

—¡Olé tu mare y toa tu parentela!

—¡Bendito sea hasta el catipunán que te bordó ese pañuelo!

—¡Vaya unos ojos, y una gracia, y unas buenas costumbres!

—¡Vales tú más pesetas que toas las Manilas juntas!

La Paloma recibió sonriendo el homenaje á su hermosura, repartió multitud de miradas, y aceptando la invitación del prestamista se lanzó en medio del salón á los primeros compases de un scottish tocado por el piano de manubrio. Todo el mundo hizo calle á la pareja y envidió al chacal de la casa de empeño que iba á hacerse dueño de aquella cordera. Cuando terminó el baile el cincuentón se apartó á encender un puro con faja, luciendo sus dedos *atestaos* de sortijas, y la ribeteadora fué á sentarse á un banco *destrozá*.

De pronto sucedió una cosa horrible; de pronto se abrió bruscamente el corro de chulos y apareció una figura silenciosa y lúgubre, un soldado con traje de rayadillo, raído por las crudezas de las campañas, el rostro negro del sol, y escuálido por la fiebre, y en los ojos sin fuego la tristeza de una vida que se siente perder. Una venda negra le cruzaba la cara, y uno de sus brazos pendía de un cabestrillo. La trágica silueta no dijo nada y se quedó contemplando á la Paloma con fijeza.

Mas él adivinó que le conoció la ribeteadora. Levantóse súbitamente, lanzando un grito de espanto que atrajo todas las miradas á su persona, y convulsa y frenética tendió las manos al soldado de rayadillo, gritándole:

—¡Paco! ¡Paco! Pero ¿eres tú? ¿Vivo? ¿No has muerto en Cuba, como dijeron? ¿Dios ha tenido piedad de mí?

La silueta sombra habló entonces, y deteniendo con una mirada cortante á la Paloma, la dijo friamente:

—¡Pero no de mí, porque me ha dejado un resto de vida para convencerme de tu olvido y de tu traición!

—¡No, no! —exclamó la Paloma, llorando á raudales; y arrojando lejos de sí el pañuelo de crespón, consiguió al cabo colgarse al cuello del soldado, diciéndole desesperadamente:

—¡Yo sólo te quiero á ti!

Y apoyó su rostro en el hombro descarnado de él, mientras los estupefactos bailarines murmuraban, conociendo al fin al soldado: es Paco, el sanitario, que ha vuelto de Cuba; y algunos más precavidos se llevaban del salón al prestamista, que gritaba queriendo desasirse:

—¡Dejadme, dejadme!

III.

Al día siguiente, en la cerrada puerta de la casa de préstamos aparecía un cartelito en que se leía: «Se traspasa esta tienda.» Su dueño había marchado precipitadamente al país «por una enfermedad grave de familia». Y en la función de iglesia de la clásica capillita madrileña todo el mundo vió asistiendo á la misa mayor, juntos y sonrientes, á la Paloma, que celebraba su santo, y al resucitado Paco, el sanitario de Cuba. En el frontal del altar colgaba, bajo la sabanilla, un magnífico pañuelo de crespón rojo bordado de oro.

JUAN LUIS LEÓN.

VERBENAS DE RUMBO



LA MEJOR, LA DE MI BARRIO, POR BENEDITO.